

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



LOS
AMORES
DE CARMEN

por

Dolores del Río
Victor Mac Laglen
Don Alvarado

50 cts.



W.H.L.S.H., R. 2012

BIBLIOTECA

Los Grandes Fums

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

LOS AMORES DE CARMEN

(LOVES OF CARMEN, 1927)

Adaptación americana de la conocida obra
de PRÓSPERO MÉRIMÉE

Interpretación de

DOLORES DEL RIO,

VICTOR MAC LAGLEN,

DON ALVARADO, etc.

65086270

Film Titán Fox

Distribuido por

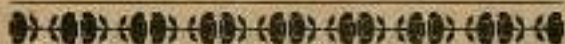
Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA



Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia — Dr. Don, 14 — Barcelona



Los Amores de Carmen

Argumento de la película

Aburrido el Diablo cierto día, llamó al más diligente de sus servidores y le dijo:

Echa en el mismo molde un corazón de niña, un cuerpo de tentación y un alma de mujer... y veremos lo que resulta.

...Y como esta diabólica mezcla se hizo bajo el ardiente cielo de Andalucía, cuna del donaire y de la gracia... resultó la síntesis femenina más singular que en el ochocientos iluminó con su alegría el hispano solar: Carmen, la gitana.

Aquella hermosa muchacha, de brillante mirada como el cielo de su tierra, habitaba en

compañía de Emilia, una hembra voluminosa y morena.

Carmen vestía con la modestia propia de su raza e iba siempre descalza sin que sus pies desnudos sintieran la aspereza de los guijarros. Se había acostumbrado ya a aquel modo de andar y mostraba las finas y hermosas piernas como una márbosa tentación.

Cierta día, al levantarse, Carmen dijo a su compañera mostrándole un juego de cartas:

—¡Vamos a ver lo que me dicen los naipes que me ha regalado José!

Y extendió sobre la mesa las cartas contemplándolas con la superstición propia de su sangre.

Uno de los naipes vino al suelo y al recogerlo, Carmen agregó, sonriendo con dulce alegría:

—Se me ha caído y eso quiere decir que prontito tendré mucho dinero, ¿verdad Emilia?

—¡Lo tendrás...! Estoy segura de que esos augurios se cumplen — contestó la otra que creía a pies juntillas en el poder infalible de las cartas.

—¡Cuánto lo deseo, querida! ¡Me compraré zapatos y viviré como una reina!

Después las dos mujeres realizaron algunas faenas de la casa y mientras Emilia preparaba el almuerzo, Carmen fué a hacer la cama...

Tendióse unos momentos en ella, indolentemente, pensando en la alegría de poder vivir de modo mejor que hasta entonces.

¡Unos zapatos... unos trajes...! ¿Sería verdad esa maravilla?

Emilia, esclava del juego, había vuelto a coger las cartas y preguntaba a ellas su porvenir.

—¡Me casaré con un príncipe! — dijo, sonriente.

Carmen, acuciada por la curiosidad, volvió a su lado y le dijo:

—¡Hoy tienes muy buena sombra, Emilia...! ¡Trae que coja yo ahora...!

Sacó temblando un naipé que era una figura de rey.

Emilia palmoteó de alegría.

—¡Estás de suerte, Carmen! ¡Un desconocido...! ¡Un gigante rico, generoso, apasionado!

—¿Para mí?

—¡Para ti, pimpollo! ¡Y ese te comprará una zapatería entera!

—¡Bendita sea la suerte, Emilita! ¡Si vieras lo contenta que estoy!

Vestidas ya las dos gitanas, envueltas en sus mantones, salieron a la calle.

Carmen, abanicándose con orgullo, pasó ante las otras vecinas con el aire desdenoso de una reina.

—¡Era más guapa que todas! Así al menos lo pensaba...

Pero las otras mujeres que tenían suelta la lengua y usaban siempre de cuchufletas, se rieron a su paso:

—¿Quién eres tú para darte esos aires reales, gitana?

—¡Cállate...!

—Ni siquiera puedes ir calzada, pobretona...

—Pero puños no me faltan, prenda...

Y estuvo a punto de armarse un cisco entre Carmen y sus vecinas. La gitana cogió por su cuenta a una de ellas y la hubiera con seguridad arrancado el moño de no ponerse por

medio las otras mujeres que quisieron evitar un día de luto en el barrio.

Carmen tenía la sangre bravia... ¡y nadie debería saltarla!

Siguió su camino hacia la fábrica de tabacos, mientras Emilia se había retrasado ligeramente, comentando con las otras mujeres las críticas de la vecindad...

Al pasar por una de las plazas, Carmen encontró a José, teniente de Dragones de Alcántara, joven de carácter débil que estaba locamente enamorado de ella.

La muchacha sonrió al verle y coqueteando con él fué a ocultarse tras un enorme tonel dando vueltas a su alrededor, perseguida por el apuesto y gallardo militar.

Por fin pudo José cogerla de una mano y hablarla seriamente.

—¿Por qué te burlas de mí cariño, Carmen? Eres como una rosa... dulce y con espinas. ¿No te apiadas de mí?

—¡No tengo tiempo de pensar en los demás, hijito...!

—¡Y yo que me paso la vida soñando en

tus gracias...! Dime que me esperarás esta tarde, Carmen... ¡Prométemelo!

—¡Tal vez sí, tal vez no, señor teniente...!

—¡Qué cruel eres, Carmen! ¡No te romperás nunca de mi cariño...?

—¡Por qué no? Si algún día me caes en gracia... me caso en seguida contigo.

—¡Carmen!

Ella reía burlona, coqueta, con una perversa insinuación de mujer que sabe hacer esclavos a los hombres con su soberana belleza.

Algunas veces acercó sus labios casi a los del teniente, perfumándolos con su tibio aliento, y cuando el militar creía sentir ya el contacto de la boca de flor, Carmen los apartaba con voluptuosa delectación.

¡Ah, la pífida!

Carmen volvió a repetir su juego, como si fuera a besarle y huyó ligera, moviendo graciosamente su cuerpo serrano, de piel morena y de andares felinos.

El teniente, apasionado por la gitana, quedó contemplándola con intensa emoción.

¡Cómo le gustaba aquella criatura! ¡Por obtener su amor hubiera sido capaz de cometer

cualquier barbaridad!

Emilia pasó ante el joven militar y éste que la conocía como a la compañera de Carmen, le dijo:

—¡Tu amiga me está volviendo loco...! Diariamente pongo mi corazón a sus pies, pero no hace más que reírse de mí...

—¡Es natural! — contestó la voluminosa amiga — ¡Esa muchacha necesita un amo... un hombre que la dome! Y mientras no le encuentre, nunca se conseguirá nada de ella.

Emilia quiso pasar por la estrecha abertura que dejaba el tonel y la cercana pared, pero el camino era tan estrecho, y tan voluminosas sus carnes, que el propósito parecía obra de romanos.

El teniente probó de pasar a Emilia y no pudo conseguirlo. Llamó entonces a varios soldados que rondaban por la plaza y entre todos consiguieron llevar a la otra parte a la robusta compañera de Carmen...

El oficial siguió su camino con sólo un pensamiento en el alma: el cariño de la gitana, tan estremecedor como su raza que por el amor muere...



El espada Lucas era el ídolo del pueblo... De incógnito recorría el país deteniéndose donde le dictaba el capricho.

Las gentes se asomaban a ventanas y balcones y se paraban en la calle para saludar al torero famoso.

—¡Que viva el rey de la tierra y de la gloria!

Y las mujeres, enamoradas de lo que brilla y reluce, le asaetaban con ojos prometedores de caricias...

Aquella mañana, en la calle, Lucas dijo, sonriente, a su mozo de estoques; al ver las miradas femeninas:

—¡Lo de siempre!... ¡Las mujeres nos persiguen!

Y apretó el paso, deseoso de alejarse del sentimiento popular.

—¡Pues es una suerte, Lucas! — dijo el mozo. — ¡Si las tuviera para mí!

—¡No te ilusiones demasiado!... Las mujeres son como las cuentas vencidas: quieren que se las dé constante atención... Y lo que hacen es complicar de modo inútil nuestra existencia.

El espada fué a sentarse en la terraza de un bodegón para tomar un frugal almuerzo.

Numerosas mujeres le contemplaban deseando que el ídolo se dignara alzar los ojos y hacerles la merced de una de sus miradas que sabían hipnotizar.

El mozo de estoques procuraba librar a Lucas de la femenina invasión.

—¡No se le acerquen, que tiene malas pulgas! — dijo.

Las mujeres, ahincándose agitadas, comentaron aquella orden. Iban transmitiéndose la noticia de oído a oído con cierto temor...

—¡Tiene malas pulgas!

—¡Es un hombre terrible!

—¡Se come a las niñas crudas!

—¡Ay, qué torero!

Y de buena gana habrían deseado que el célebre espada se hubiera fijado en ellas.

Pero Lucas sólo deseaba devorar su almuerzo.

Era hombre que tenía fuerte apetito... y más que a las mujeres prefería un ala de pollo y un vaso del vino de la tierra.

Estaba almorzando cuando Carmen acertó a pasar ante él.

Los ojos de la gitana parpadearon ante el torero. ¡Cómo le gustaba ese hombre vigoroso, gallardo, que en las plazas de toros, de cara al sol, sabía vencer a la muerte!

Un gran charco de agua dividía la callejuela en que estaba la taberna.

Carmen se acercó al torero y casi dejándose caer en sus brazos con voluptuoso desprecio, le dijo:

—¿Le gustaría pasarme en brazos, al otro lado, torero?

Lucas sonrió e hizo una mueca negativa. ¡Que saltase! ¡Para algo servían las piernas!

Vamos, ¿no quería el mejor torero del mundo pasar a una gitana castiza?

Y volvió a apoyarse contra él con un tierno anhelo de que aquel hombre la cogiera.

Lucas se echó a reír indiferente y la levantó como una pluma entre sus brazos de atleta.

La joven se sintió feliz al verse alzada de aquel modo... Sus ojos de malsana luz se clavaron en el torero con ansia misteriosa... Al propio tiempo sonrió a las demás mujeres como satisfecha de su triunfo... ¡Eh! ¿no era aquello una gran victoria?

Pero, Lucas, sonriente, ya cerca del charco lanzó a Carmen con furia hacia la otra orilla, y la muchacha cayó en tierra, molida por el fuerte e inesperado golpe.

—¡Otra vez mójate los pies! ¡Así te refrescarás un poco! — le dijo con barlona sonrisa a tiempo que volvía a la mesa para acabar de almorzar.

Las demás mujeres lanzaron estupendas carcajadas ante la tomadura de agua... y de pelo, y Carmen se levantó furiosa, sintiendo en su alma, toda la fiera de la humillación.

¡Maldito torero! ¿Es que nada significaba, pues, ella, para aquel ídolo?

Levantóse penosamente, magullada por la

caída, y dirigiéndose hacia Lucas, le gritó con todo el desprecio de su alma:

¡Alibórrate de comida, puercos! ¡Sólo para eso sirves!

— ¡Niña... no molestes y tengamos la fiesta en paz!



— ¡Otra vez mójate los pies!

— ¡So... brutal! ¡Un estómago como un tonel y una boca de espuerta, eso es lo único que tú tienes!

— ¡Anda, niña... largo de ahí! — insistió el torero a quien era completamente indiferente la gitana.

Carmen, abanicándose furiosa, se alejó, no perdonándole que la hubiese hecho tal ofensa...

¡Cuándo tantos hombres se morían por sus pedazos... aquel imbécil torero...! ¡Ah! ¡Lo malo era que ese Lucas le gustaba!

La indiferencia con que le había tratado no había hecho otra cosa que exacerbar su pasión.

Llegó cerca de la fábrica de tabacos.

Pasó Juan, un soldado y Carmen le sonrió con la costumbre de las coquetas, que parecen amar a cuantos hombres ven...

Manuela, compañera de trabajo de Carmen, se acercó a ésta y le dijo con cierta violencia:

— ¡Anda, niña, y sigue tu camino, que éste no es para tí!

— ¿De dónde has sacado esa canción vieja, Manuela? — gritó la gitana.

Pero como era ya hora de comenzar el tra-

bajo continuó su marcha mascullando palabras de burla contra la compañera.

Era un incidente que apenas le importaba. Lo que le interesaba, porque sentía humillado su poder de mujer, era lo ocurrido con Lucas.

Toda la mañana la pasó rabiando en el inmenso taller donde las obreras formaban con las hojas del tabaco los cigarros puros.

La compañera de trabajo de Carmen era Manuela, enamorada locamente de Juan.

Furiosa, con un odio de rival, le dijo a Carmen mientras sus manos liaban el tabaco:

—¡Para que te enteres, mocita!... ¡Juan me adora y no tiene ojos más que para mí!

—¡Debo ser ciego el pobrecillo si no ha visto que eres un adefesio! — dijo Carmen.

—¡El único adefesio eres tú, gitana!

—¡Envidia, mala lengua!

A punto estuvieron de abofetearse, pero la oportuna llegada de la encargada, una mujer que para acreditar el establecimiento fumaba una enorme breva, apaciguó los ánimos.

La tempestad no parecía haberse acabado

a juzgar por las miradas de dureza que se prodigaban las dos rivales...

La jornada matinal terminó sin nuevos conflictos.

Carmen volvió a su casa para comer un frugal manjar y luego, de regreso a la fábrica, pasó ante la taberna donde Lucas devoraba, ufano y feliz, un manjar succulento.

Sentóse Carmen a la mesa vecina, sonriendo al torero. Pero éste andaba tras lo positivo y comía sin prestar atención a los arrumacos de la gitana.

Los otros comensales reían ante la actitud de Carmen, empeñada en moverse y sonreír para que el torero la hiciera caso.

Luego llegó a su lado y le dijo con una apasionada sonrisa:

—¡Lucas! He olvidado lo que has hecho antes, porque admiro tu valor ante los toros. ¡Ole los hombres valientes!

—¡Ole! — dijo Lucas...

Y se echó a reír volviéndole luego la cabeza con un profundo desdén.

La clientela se moría de risa...

¡Mal iban las cosas, Carmen! ¡Aquel torero

le hacía menos caso que a un mendrugo de pan!

Carmen volvió a sentir la espina del amor propio clavada en su alma, y se enfureció contra aquel hombre que de modo tan frío, tan inexpresivo, la trataba.

Ni siquiera una mirada... ni siquiera una sonrisa... y eso que Carmen se mostraba lánguida e irresistiblemente coqueta con él.

Una extraña pasión agitaba el alma de Carmen deseando lanzarse a los brazos del triunfador.

Quiso todavía decirle nuevas palabras galanas, pero Lucas, riendo, respondió, rechazándola lejos:

—¿Te quieres estar quieta, demonio encadenado?

—¡Sí, no tengas miedo, hombre de Dios!... ¡Y ríe, ahora, necio, ríe!... ¡Algún día me pedirás de rodillas una caricia y entonces me reiré yo!

—¿El día del juicio, nena?

—El día que se me antoje, torero...

Y arrebuajándose en su mantón, salió, graciosa y felina, hacia la calle.

No había nacido aún el hombre que no se conmoviera ante su palmito, ante sus ojos de fuego y su cuerpo juncal.

¡Por algo era gitana!



Por el camino encontró a García, el Tuerto, jefe de una partida de gitanos contrabandistas.

—Esta noche queremos meter matute — le dijo El Tuerto—. ¡Si alejas a los soldados del paso de la sierra te podré dar tres onzas!

—¡Hecho!

Carmen sonrió... Ella con la afinidad de la misma raza protegía a los gitanos... Y no le vendrían mal tres onzas para comprarse cosas que ambicionaba y que realzarían todavía más su hermosura.

Pero aquella tarde, Mamea y Carmen volvieron a discutir por las miradas del soldado Juan, y las dos mujeres se levantaron cogiéndose del moño prontas a darse descomunal paliza.

Acudió la encargada con su puro encendido y amenazó con despedir a las dos mujeres.

Separó a Carmen de Manuela ordenando que fuera a ocupar otra mesa algo distante.

—¡Sí señora! ¡Hago usted bien en apartarme de la poste! — dijo Carmen.

Y recogiendo su parte de tabaco sentóse en otro lugar.

La encargada no era mujer de buenos sentimientos. Su mirada vigilaba siempre, escrutando para que nadie perdiese el tiempo...

Vió a una de las obreras que en vez de laborar amamantaba a su hijo.

Fue hacia ella con rabia de mujer que no ha conocido ni comprende la maternidad.

—¿Para eso te pagan? — le gritó. — ¡Comprale un chupete al crío y ponte a trabajar!

Y alejóse para proseguir sus inspecciones.

Carmen había escuchado aquellas palabras y, como tenía un corazón hecho de hondades

y de maldades inconscientes, cogió un paquete de puros que ella había liado y los puso sobre la mesa de aquella madre desgraciada.

—¡No le bagas caso a esa estantigua! — le dijo—. ¡Aquí tienes trabajo terminado!

La madre la contempló con grandes ojos agradecidos.

—¡Kres un ángel, Carmencita! — le dijo. Manuela escuchó el elogio y envidiosa, gritó:

—¡Ay!... ¡Miren al angelito!

Carmen se levantó... Toda su sangre gitana bulló en su corazón.

—¡Que se calle el adefesio mayor de la tierra!

—¡Gitana roñosa!

—¿Roñosa yo?

Y se lanzó contra Manuela... Esta no era manea y sabía defenderse bien...

Y las dos mujeres comenzaron a sostener un combate que... ¡ríanse ustedes del boxeo varonil!

Cinco minutos después las dos hembras tenían los moños deshechos, la cara arañada,

desgarrados los vestidos, los ojos chispeantes de un odio pronto a matar.

Las otras hembras, asustadas, dejaron el trabajo...

Carmen y Manuela iban de una sala a otra como dos energúmenos...

La encargada se horrorizó de veras... Pensó que aquello iba a terminar con sangre y corrió hacia la calle a avisar a la autoridad.

Encontró al teniente José con un grupo de soldados y requirió su auxilio:

—¡Corran... corran!... ¡Hay un demonio suelto en la fábrica!

El teniente con sus hombres penetró en la fábrica.

Las dos mujeres luchaban metidas ahora en el retrete... Por entre las persianas de la puerta se veía moverse dos cuerpos con feroces actitudes.

La encargada pegó un fuerte golpe a la puerta.

—¡Salgan en seguida... que aquí está la autoridad!

Aquel anuncio hizo recobrar la serenidad a las dos "leonas". Abrióse la puerta y apare-

ció primero Manuela, ensangrentada, que llorando fué a ocultarse en un rincón.

Después salió Carmen con el cabello desgredado y los ojos chispeantes de fuego.

—¡Ella es la culpable! —dijo la encargada—. ¡Ella ha provocado la riña! ¡Llévenla ante el señor juez!...

El teniente José se sorprendió al reconocer a la muchacha. ¡Demonio! ¡Carmen, la criatura por cuyos pedazos se moría!

Carmen sonrió al verle y sin poder ocultar su innata coquetería se arregló el despeinado cabello.

¿Qué pensaban hacer de ella?

Avanzó hacia el teniente, sonriéndole con maligna intención como si le prometiese amor a cambio de libertad.

Pero José tenía que cumplir con su deber, obligado por la encargada y las otras obreras que pedían un ejemplar castigo.

Miró con cierta mirada de inteligencia a Carmen y luego dijo:

—¡Pónganle las esposas!... ¡El señor juez decidirá!

Carmen estaba segura de que nada le po-

dría ocurrir, pues José, muy enamorado, intercedería por ella.

Se dejó conducir tranquilamente entre el piquete militar.



—¡Ella es la culpable!

Al pasar ante la encargada, ya que no podía hacerlo con las manos, le dió un fuerte golpe con la cadera.

—¡Para que te acuerdes... perra!

Y marchó de la fábrica, sin sentirse humillada por su situación, con el donaire de la hembra que a nada ni a nadie teme.

José la presentó ante el comandante de dragones, juez permanente.

—¡Ha habido una riña en la fábrica de tabacos! — explicó—. ¡Esta pobre muchacha ha tenido que defenderse!... No la creo capaz de hacer daño a nadie.

Carmen agradeció con una sonrisa la declaración de José... Luego fuese acercando, insinuante y coqueta, al comandante.

Este la miraba con interés... No estaba mal aquella criatura de maneras libres, de ardientes ojos que parecían quemar en inapagable flama de pasión.

Pensó que podía sacarse partido de la situación y aprovechándose de que Carmen estaba junto a él, escribió en una cuartilla.

Iré a verla esta tarde al toque de oración.

Carmen hizo un gesto de conformidad... ¡Aquello valía la libertad... y tal vez la protección de aquel hombre!

¡Aceptaba!... Y disimuló su alegría con nerviosos ademanes.

José había estado ajeno al mudo convenio.

El comandante, después de breves minutos de silencio, dijo mientras Carmen sentada ante la mesa parecía defenderse de toda acusación.

—¡Esta joven necesita sosiego!... ¡Enciérrenla en un calabozo!

Carmen no protestó... Se dejó conducir tranquilamente hacia el frío subterráneo de la prisión. ¡Alguien la sacaría de allí!

José fué el encargado de conducirla a su lóbrego encierro... Era una prisión triste, húmeda y oscura.

Los soldados habían partido y José al marcharse para cerrar con llave la puerta, se sintió torado por el brazo cálido de la gitana.

Ella le mostró el camastro y le dijo:

—¡Esta cama está como una piedra, José... y aquí hace mucho frío!...

—¡Desgraciadamente... ahora no puedo hacer nada a tu favor! — le dijo.

—¿Por qué no?

Y sus hermosos brazos acariciaron al teniente.

—¡Si de verdad me quieres como tantas veces me lo has dicho, déjame escapar!... Tu superior va a venir aquí, al calabozo, cuando las campanas toquen a oración. ¿No comprendes? El comprará la libertad que tú no quieres darme...

—¡Oh, eso no... no lo consentiré! — gritó José celoso.

—Pues... entonces... ¡salvame, tú!

—¡Carmen... todo lo haré por ti! ¡Te facilitaré la fuga... aunque me pierda!...

—¡Gracias, buen José!... ¡Te quiero, chiquillo!

Y la gitana extremaba sus ternuras hacia aquel hombre que no le era antipático, pero al que tampoco amaba con toda la fuerza de la pasión.

—Carmen, ¿un beso?

—¡Toma!

Y le abrazó y besó locamente con toda la cálida locura de su amor...

Más tarde, una hora después, el teniente, con toda cautela abrió la puerta del calabozo y ordenó a Carmen que le siguiera.

Fueron al patio... El la ayudó a escalar el muro... Y Carmen pudo verse libre, y entre las luces foscas del atardecer, logró alejarse del cuartel sin ser vista por nadie.

A cambio de la libertad había dado a José su amor, el regalo de su pasión.

¡Una cosa valía la otra!

Instantes después sonaba el toque de oración. El comandante se dirigió a la prisión, solazándose con las buenas horas que le esperaban...

Unos soldados le detuvieron en la escalera dando muestras de vivo pánico.

La puerta estaba abierta; la prisionera había huido...

Enfurecióse el comandante y lanzó terribles maldiciones. Lo sentía más que por la fuga en sí, por lo que perdía con ella.

¡Ahí era nada saborear los labios de fuego de una verdadera gitana!

Salió al patio a recriminar al teniente José, cuya vigilancia había sido tan deficiente.

El teniente se excusó asegurando que no había visto nada y que no podía sospechar



—...¡déjame escapar!

que Carmen lograra fugarse.

¡Debía pedir inmediatamente su separación del cuerpo, pero le perdono!... Esta noche encárguese de la vigilancia de la sierra.

El teniente saludó...

¡Menos mal que la reprensión había sido benévola!

Y ya de madrugada en el paso de la sierra, el teniente José vigilaba la posible llegada de los contrabandistas que infestaban los montes andaluces.

De pronto, Carmen, que tenía el encargo de distraer al teniente para que el malute pudiese pasar sin dificultad, apareció por el camino en que José se encontraba con otros soldados.

Loco de amor, recordando todavía las embriagueces de aquella hora en la prisión, José corrió a su encuentro y los dos se ocultaron tras unas peñas, abrazándose y besándose con delirio.

Carmen sonrió. ¡Era suyo, enteramente suyo, aquel hombre!

Desde el lugar donde se hallaban, vieron en

un cercano desfiladero a un grupo de hombres con mulas cargadas de contrabando.

José frunció el ceño.

Ella sonrió con maligna intención.

—¿Quiénes son, Carmen?—preguntó José.—
¿Contrabandistas?

—¡Sí lo son!... Y óyeme, ¿negarás lo que te pide tu prenda, tu encanto? ¡Es el primer favor que quiero de ti, José! ¡Déjalos pasar!

El teniente retrocedió asustado, acobardado... ¡No, no!... ¡La honra, el cumplimiento de su obligación se le aparecieron!

—Falté a mi deber por tu culpa una vez —le dijo—. ¿Es preciso que incurra en el deshonor?

—¡Vaya, tú ya no me quieres!...

—¡Sí, te amo, pero!...

Carmen le volvió a besar con una caricia de fiera.

—¡Tontín! —agregó—. ¡Déjanos pasar! ¡Ven a verme mañana y sabrás lo agradecida que soy!

Ante los ojos del teniente apareció la visión de la deshonor, la escena de la degradación con que le castigarían al descubrirse su

falta... Pero... tenía ante él los ojos lagrimeantes y lánguidos de la gitana que hablaban del amor, de la eterna llama en la que han perecido tantas sagradas cosas...

Y estumó la visión del deber para escuchar a la pasión.

—¡Seal — dijo —. Pero sólo por una vez... ¡Me retiraré con mis soldados!

—¡Qué bueno eres, José! ¡Toma otro besos!

Atardido aún bajo el contacto de aquellas caricias, el teniente ordenó a los soldados lo siguiesen y se encaminaron hacia el camino opuesto al por el cual debían entrar el contrabando...

Y los gitanos pasaron tanto matute como les vino en gana...

¡Carmen sabía hacer las cosas a la perfección!

Al día siguiente García El Tuerto entregó a Carmen las tres onzas prometidas.

Y la muchacha se dirigió con aquel dinero a una tienda, comprando un hermoso vestido de volantes, que le llegaban hasta los pies.

—¡Corte lo menos media vara! — dijo a la tendera—. ¡No soy patizamba!

Le dejaron el traje hasta la rodilla. Luego adquirió un par de lindos zapatos...

¡Demonio! ¡Y qué daño le hacían aprisionando sus pies que habían conocido siempre la libertad!

Quien algo quiere algo le cuesta... y el llevar zapatos era cosa que hacía daño.

Salió a la calle, encaminándose a su casa, sufriendo lo indecible con el calzado, pero

ocultando su pena con la graciosa y provocadora sonrisa que dirigía a las otras mujeres que encontraba en su camino.

¡Allí había gracia o no la había! ¡A hermosura no la ganaba nadie!

Ella vio un soldado al cruzar una de las calles y corrió al cuartel a comunicar la nueva al comandante.

—¡Carmen, la gitana, ha vuelto!...

—¿Sí? ¡Magnífico! ¡Vamos allá!

Tenía gran interés en detenerla... Ella volvería a dar la libertad siempre que Carmen hiciese honor a su palabra...

La gitana al llegar a su casa se quitó sus zapatos que le llagaban los pies, y para mitigar el dolor sumergió éstos en una jofaina de agua.

Después, ya más libre de aquel suplicio, se dispuso a arreglarse nuevamente.

Llamaron, Carmen abrió y apareció el teniente José.

El militar la estrechó ardientemente en brazos, diciéndola:

—¡Te adoro, Carmen! ¡No puedo vivir sin tu cariño!

—¡Mi José... mi valiente!

Y de nuevo sus labios se juntaron para sellar su pasión fogosa.

De pronto, volvieron a llamar.

—¿Quién podía ser?

¡Maldito visitante que rompía el encanto de aquella plática a solas!

El teniente ocultóse en la alcoba contigua, y Carmen franqueó la puerta.

Parpadeó al ver ante ella al comandante.

—¡Pase... pase usted! — le dijo, sonriente, deseando hacerse suyo a aquel hombre que podía encarcelarla.

—No creías volver a verme ¿eh?

—¿Quién sabe! ¡Yo no me olvido de los que me quieren de verdad! — respondió con coquetería.

El comandante sonrió, satisfecho de la actitud de la machacha. ¡Caramba, caramba!... ¡Si ella quisiera, podrían aún entenderse!...

—¿De verdad te intereso algo? — le dijo.

—¡Un poquito!...

El militar le acarició una mano...

José, que rabiaba desde su escondite, fué

acometido por un estornudo. ¡Maldita impertinencia!

Aunque quiso evitar el menor ruido, no logró apagarlo por completo.

—¿Qué es eso? — dijo el comandante, con extrañeza.

Carmen, turbada, aunque sin perder su serenidad, respondió:

Tiene un resfriado atroz... mi abuelita.

Pero el comandante, precavido, avanzó hacia el cortinaje que separaba la alcoba.

—¡No entre!... Mi pobre abuelita... — dijo la gitana.

Fijóse el militar en unas espuelas que estaban sobre una silla y que José se había quitado al llegar.

—Es raro que tu abuelita use espuelas — dijo.

Carmen tembló... José, al verse perdido, recorriendo la cortina, apareció en la estancia.

—¡Muy bonito, muy bonito! — dijo el comandante, celoso—. ¡Preséntese arrestado en el cuartel!

—Pero...

—¡Es usted un mal soldado y debe responder ante el consejo de guerra! ¡Ayer se pasó alijo y usted abandonó la vigilancia de la sierra! ¡Buena manera de cumplir!

—¡Mi comandante!

—¡Salga de aquí!

Había en las palabras del comandante unos feroces celos. ¿De modo que José se entendía con Carmen?

José se disponía a obedecer, pero Carmen, con torpe vanidad, deseosa de que aquellos dos hombres lucharan por ella, dijo al teniente, scariciándole e impidiéndole partir:

—¡No te vayas!

—¿A quién obedece? — le gritó el comandante—. ¿A esta mujerzuela o a mí?

José saludó y quiso alejarse. Pero, Carmen, hembra que amaba la sangre y la lucha, empujó a José hacia su superior, diciendo, burlona:

—¡No riñáis por mí! ¡Daos un besito!

Aquellos dos hombres se adivinaron rivales; y Carmen les empujaba hacia la perdición.

—¡No os peleéis! ¡Qué miedo!

Aquellas falsas palabras que excitaban los sentimientos de los dos hombres, produjeron su efecto.

—¡No me voy si usted no se va conmigo!



—¡Salga de aquí!

gritó José—. ¡Nada tiene usted que hacer en esta casa!

—¡Eso es lo que usted no sabe!

—¡No se quedará!

Carmen reía...

Los dos militares se lanzaron uno contra

otro en terrible pelea en que el amor por la misma mujer les hacía luchar con ferocidad.

Aquello terminó trágicamente. Salieron a relucir armas... Antes que el comandante pudiera hacer uso de la suya, un disparo de José le atravesó el corazón.

Cayó el desdichado jefe.

José salió a la calle con Carmen.

—¡A caballo! ¡Pronto! — dijo.

Tomó el militar uno de los caballos que estaban cerca de la puerta y cogiendo a Carmen la subió a su grupa emprendiendo veloz carrera.

La muchacha, que amaba la aventura y la muerte, le dijo:

—¡Guía hacia la sierra! ¡Estaremos a salvo en el campamento de los gitanos! *

Los soldados habían visto pasar como una exhalación al teniente José. Entraron en el piso, encontrando el cadáver del comandante.

Inmediatamente comenzaron la persecución de José... pero, su esfuerzo fué inútil...

Ellos llevaban gran delantera. Los vecinos se asomaban para contemplar la insólita huida... ¿Un crimen?

Allí, en las curvas de los gitanos, establecidas en lo alto de la sierra, había encontrado el desgraciado José su refugio.

Sólo el amor de Carmen le sostenía en su tristeza... Había perdido el honor, la carrera, la consideración social. En lo sucesivo sería un afiliado más a la banda de contrabandistas.

Y Carmen comenzaba a sentir cierto desdén por él. Aquel hombre nunca le había interesado demasiado. Fué el destino lo que le condujo a sus brazos. Comenzaba a sentirse cansada de tenerle por amigo.

En vano José quería que Carmen fuera su tierna esclava, dispuesta a satisfacer sus anhe-

los. No lo conseguía. Ella estaba distraída, con el alma alejada de aquella pasión...

Cierta día, uno de los gitanos, dijo a Carmen:

—¡Voy a la ciudad, a los toros! Lucas inau-



Sólo el amor de Carmen le sostenía en su tristeza...

gura el domingo la temporada con ganado del duque.

— ¡Lucas?

Y el recuerdo del famoso torero, al que adoraba, le hizo estremecer.

¿Qué deseos, qué ansias sentía de volver a verle! A pesar de la ofensa que Lucas le había inferido, ella se sentía aún esclava del amor de aquel hombre. ¡Si él quisiera!

— ¡Iré a la ciudad contigo! — le dijo—. ¡Pero no digas nada a nadie!

Luego se dirigió a la tienda donde estaba José, siempre malhumorado y triste desde aquel delito.

José estaba frenético. Creyó Carmen que él la había visto hablar con el gitano y le dijo:

— ¡Vamos! ¿Ya estás enfadado? ¿Es que no puedo dirigir la palabra a un hombre sin que pongas esa cara de renegado?

— ¡No es eso! — protestó José, angustiado—. ¡Es que he visto a El Tuerto y quiere que le ayude a pasar otro alijo!

— ¡Pues es preciso que le ayudes! — contestó ella con desdén—. ¡Gracias a él eres libre! ¡Monta a caballo ahora mismo y reúnele

con su partida en la cueva que sabes! ¡Vete!

— ¡Porque tú lo quieres, lo haré! Pero, ¿pensarás en mí a todas horas, todos los minutos?

— ¡No dades de mi cariño! — dijo falsamente.

Apenas José se marchó, la muchacha se puso su mejor traje y salió con el gitano hacia la ciudad.

¿Qué le importaba a ella de José? El oficial había sido el capricho de un momento y en cambio Lucas, el torero, era la mejor pasión de su existencia.

Caminaron largamente por la carretera.

Ella quiso detenerse por el camino, y su acompañante adelantó terreno, diciéndole que ya se encontrarían en la ciudad, pues él llevaba mucha prisa.

Mientras Carmen reposaba, pasó por allí un carruaje que se detuvo breves minutos para dar descanso a las caballerías.

De él bajó Lucas, y la muchacha bendijo la casualidad que le deparaba el destino.

— ¡Lucas! — gritó.

El torero contempló indiferente a la gita-

na. La reconoció al fin como a aquella criatura a la que él había tirado al suelo.

Se echó a reír.

— ¡No pensaba en ti, ahora! — le dijo.

— ¿Me deja subir? — dijo ella con voz delicada—. Ya me canso de ir un rato a pie y otro andando.

— Ve alternando de ese modo y el camino te será más corto — replicó con zumba. ¡Vale! cochero... prosigamos la ruta. Guía a la fonda del Toro, que allí hay buen vino.

La gitana había desaparecido de la vista del torero y éste dió gracias a Dios por tal suerte.

Entró en el carruaje y reanudóse la marcha.

De pronto observó el espada que algo se movía bajo una manta.

Pronto salió de dudas al aparecer la mismísima Carmen que había aprovechado un momento de descuido para subirse al coche...

— ¿Tú aquí? ¡Eres más pegadiza que una sanguijuela!

— Después que quiero ser tu compañera, ante quejas...

¡Vale más ir solo que mal acompañado!

Oye, Lucas... que aquí hay una mujer, por la que ha habido hombres que se han perdido.

— ¡No seré yo uno de ellos!

— ¿Es que no te inspiro simpatía?

— ¡Me inspiras cansancio, niña! ¡Conque largo de aquí!

— ¿De qué clase tienes el corazón, torero? ¿Es que tratas tú mal a las mujeres? Aquí hay una que por ti sería capaz...

— ¿Serías capaz de marcharte, nena? ¡Tendría una gran satisfacción!

Carmen no se resignaba a perder la batalla. Ya que el destino había puesto al torero en su camino, descaba hacer suyo a aquel hombre.

— ¡Desagradecido! — le dijo—. Yo iba a la ciudad a pie para verte mañana torear.

Lucas no le respondió... Le inquietaba la presencia de aquella gitana pegadiza.

De pronto la mujer pensó que tal vez los hechos tendrían más éxito que las palabras y le acarició un brazo, pretendiendo luego dar-

le un beso. Pero Lucas que no quería flos con mujeres, se enfureció de mala manera.

—¡Te daba en las narices... tonta! ¡Marcha de aquí!

—¡Pero, Lucas, hombre de Dios!

—¡No hay Lucas que valga! ¡Fuera!

Y como le viese tan amenazador, Carmen saltó por la ventanilla.

Pero Carmen estaba locamente enamorada de aquel hombre. Y se colgó en la trasera del coche... Le seguiría aunque fuese al fin del mundo.

...

Llegaron a la ciudad, ante la Fonda del Toro...

Lucas entró en el comedor y pidió rápidamente un succulento manjar...

La gitana, sin ser vista, se encaminó hacia la cocina.

—¿Quién eres? — le dijo el cocinero que iba preparando los manjares pedidos por Lucas.

—¡Soy su sirvienta! ¡No puede viajar sin mí...! Yo misma le prepararé la comida.

—¡Tú eres libre, gitana! ¡Haz lo que te parezca!

—Conozco sus costumbres... Mucha pimienta... Y hay que darle también mucho vino. Tiene una sed atroz...

Ella misma preparó la comida. Quería que fuesen platos fuertes, excitantes, que hicieran bullir su sangre...

El pobrecito ha tenido frío toda la mañana — dijo al dueño del mesón—. Hay que echar mucha pimienta al asado.

Y cuando lo tuvo todo condimentado a la perfección, con demasiada sal y especias, ella misma le llevó la comida a Lucas, en una bandeja.

Una gran bandeja llena de comida sobresaliendo un magnífico capón asado.

Lucas se sorprendió desagradablemente al contemplar otra vez a la gitana.

—¡Está visto que te he de encontrar hasta en la sopa! — le gritó —. ¡Ya se me ha quitado el apetito!

—Pues empieza a comer que ya dice el refrán... que todo es empezar...

Malhumorado, Lucas hincó diente en la blanda carne asada. Magnífica, pero picaba como un demonio.

Un criado se acercó para servirle vino, Carmen le apartó lejos de allí y le dijo:

—¡No le moleste! ¡Yo le serviré todo! Cuan-

do come, mi amo es peligroso. La otra noche mordió al camarero que le servía...

Escancié vino, un vino negro que quemaba las entrañas y que Lucas bebió, encendida su sed por las violentas especias...

Bebía un vaso tras de otro...

—¡Este capón debe venir del infierno! — gritó — ¡Está de pimienta que echa chispas!

—¡Es lo mejor del mundo! ¡Come... hasta hartarte!

Y Lucas comía y bebía... sin protestar de que Carmen le escanciara continuamente el vaso.

Media hora después aquel hombre ya no parecía el mismo. La gran cantidad de vino bebida le emborrachaba y daba en su sangre unos saltos diabólicos.

Carmen sonrió, contenta de su obra.

Había logrado lo que quería... ¡Que aquel hombre se emborrachase! Y el hombre que bebe, es hombre también apasionado, violento para el amor...

Sonriente, Carmen comenzó a cantar mientras un tocador la acompañaba con su guitarra.

Luego batió admirablemente y saltó sobre la mesa moviendo su cuerpo gitano en epilépticas contorsiones...

¡Ah! ¡El vino hacia la obra malvada!

Y a Lucas no le parecía tan despreciable aquella criatura. Veía en ella a la mujer en la que saciar su otro apetito...

Ella reía, reía, acercándose a él... poniendo sus labios casi junto a los suyos y retirándolos luego...

—¡Lucas, Lucas! ¡Torero! — decía riendo.

—¡Gitana... ahora sí que me parece bonita... gitanilla!

—¡Oh, Lucas!

Y de pie en la mesa cayó en sus brazos...

Lo que quería Carmen estaba ya cumplido.

Aquel hombre sería suyo, enteramente suyo...

¡Y lo fué!

...

Unos días después, toda la ciudad conocía la historia... Carmen era la amiga del torero...

Vivía en la misma casa que Lucas, llevando una existencia esplendorosa como en sus sueños...

Le había comprado el torero numerosas joyas y brazaletes que aprisionaban de modo magnífico sus hermosos brazos.

—¡Tienes todos los brazaletes que puedes sostener sin romperte el antebrazo! — le decía Lucas.

—Pero todavía me queda sitio para collares — contestó riendo —. Aun aquí, en la garganta...

—¡Muñeca, cómo me has hecho tuyo! —

decía el torero, ya locamente readido por aquella hembra de fuego— ¡Pide todo lo que quieras! ¡Todo te lo daré...!

—¡Mi Lucas!

—Y si te portas bien, si me amas siempre, te llevaré a París después de la feria...



Carmen era la amiga del torero.

—¿Y me comprarás más brazaletes? ¡Puedo ponérmelos en los tobillos!

—¡Te compraré cuanto desees...!

Y de nuevo se besaron...

Lucas estaba por entero prendido en el amor de aquella muchacha. ¡Cómo se burlaba ahora de sus pasados desdenes! Se había convertido en esclavo de la gitana...

Mientras tanto, José había indagado el paradero de la perversa mujer.

Uno de los gitanos le había comunicado la dolorosa realidad:

—¿No lo sabías? ¡Vive en la ciudad con Lucas, en un palacio y gasta coche!

Y el militar, adoptando toda clase de precauciones para no ser reconocido, se encaminó hacia la ciudad con el ánimo de ver a Carmen, de obligarla a marcharse con él, o...

Era el día de la mejor corrida de la temporada.

Lucas acababa de levantarse e iba a tomar su acostumbrada ducha. Era ya mediodía...

Sin saber por qué, Carmen se sentía de mal humor. Había consultado a las cartas y se le

apareció una figura que ella creyó tenía un significado de muerte.

Quiso apartar de su imaginación los tristes presagios...

Se había levantado de la cama y comenzaba a hacer su "toilette." De pronto, por el ovalado espejo que tenía en las manos, vió a José que saltaba por el balcón a su cuarto...

Horrorizada dejó caer al suelo el espejo que se hizo añicos. ¡Otro presagio!

Volvióse rápidamente encontrándose ante su antiguo amor. Venía sucio, fatigado, con las visibles huellas de larga caminata.

—¿A qué has venido? — le gritó.

El hombre, humillado, quiso acariciar sus ropas.

—¡A buscarte! ¡No puedo vivir sin ti, Carmen! ¡Tu recuerdo me abrasa! ¡Sé buena conmigo...!

Carmen bajó los ojos. ¡Qué compromiso! De un momento a otro podía aparecer Lucus, y el porvenir de ella se iba por los suelos.

La gitana era audaz y rápida en sus decisiones.

—¡Ya hablaremos de todo eso, José! — le dijo—. ¡No creas que te haya olvidado!

Cogió una copa y la llenó de vino, ofreciéndosela a José.

Este, sediento por la larga jornada bajo el sol, bebió, dos, tres, cuatro copas...



—¿A qué has venido?

Todavía Carmen, sentada junto a él, le sirvió otra botella de aquel vino que producía una embriaguez dulce, un sueño pesado...

Y José, rendido por el terrible cansancio, no tardó en dormirse... Entonces, ella le cubrió con una sábana...



—¡Se buena conmigo!

Emilia, su antigua compañera que ahora vivía a su lado como criada de confianza, entró en la habitación.

El señorito Lucas estaba ya vestido. La esperaba para marchar a la plaza.

—¡Emilia... mira quién hay aquí debajo!

Levantó la sábana y vio a José, dormido.

—¿El?

—¡Despertará pronto! ¡Hazle salir entonces...!

¡Perfectamente, Carmen...!

La gitana, ya más tranquila, vistióse un ceñido y precioso traje, tapóse con la bella mantilla blanca y salió al encuentro de Lucas que vestido de luces la aguardaba para marchar a la plaza...

Subieron los dos a la carretela.

—Dile al cochero que vaya por la Avenida y pasaremos por delante de la Fábrica de Tabacos — exclamó Carmen dirigiéndose al mozo de estoques de Lucas que había tomado asiento en el pescante.

Pasaron ante la fábrica y salieron todas las obreras a contemplar al famoso y célebre torero. Pero su sorpresa fué indescriptible al

ver junto a él, a Carmen, la antigua trabajadora, convertida ahora en una mujer enojada y riquísima.

Carmen miró con sarcástica sonrisa a sus excompañeras. ¿Cómo cambiaban los tiem-



Subieron los dos a la carretela...

pos, ¿no? E hizo un gesto de infinito desdén hacia las nobles obreras que sabían mantener intacta la honra.

Llegaron a la plaza...

Mientras tanto, Jose había despertado de su letargo y al comprender que Carmen había desaparecido, abandonó velozmente la casa.

Estaria con toda seguridad en los toros, con su ídolo, el hombre que le había quitado a él su amor...

Y fue a la plaza, y vio efectivamente a Carmen con Lucas que acababan de bajar del coche, después de haber dado largo rodeo para pasar ante la fábrica.

José quiso lanzarse contra la engañosa mujer, pero unos guardias le obligaron a retroceder, creyendo que se trataba de un vagabundo.

Carmen acompañó a Lucas hasta su cuarto... Por el camino vió un gato negro y se estremeció...

—¡Tengo miedo, Lucas! le dijo. Esta mañana en las cartas me salió la muerte... y ahora... ese gato negro...

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Yo, aunque soy torero, no siento supersticiones...!

La corrida iba a comenzar...

Y angustiada, nerviosa, con el fatídico presentimiento de que a Lucas o a ella había de

ocurrirles algo malo, Carmen fué a rezar a la capilla de la plaza...

José, que la espiaba, la siguió...

Y mientras la gitana oraba con esa religiosidad especial en ciertas almas pecadoras, una mano de hombre la tocó...

Carmen lanzó un grito y vió ante ella la figura desencajada y pálida del teniente.

—¿Por qué me sigues? ¿Qué quieres? — le dijo, furiosa.

—¡Te lo suplico por última vez! — murmuró—. ¿Quieres venir conmigo? ¿Yo tengo un derecho sobre ti? Si vienes a mi lado te perdonaré tu aventura...

Los labios de la pecadora se abrieron con una sonrisa de ira. ¡Imbécil! ¿Qué le importaba a ella aquel hombre al que había echado a la deshonra? Ella necesitaba dinero, gentes triunfadoras, como Lucas...

Y respondió con energía:

—¡No! ¡No!

—Pues entonces, ¡muere! — rugió José.

Y esgrimiendo un puñal lo clavó en el pecho de la desgraciada gitana.

Ella tambaleóse, fué a caer...

El arma se había clavado muy honda. Estaba perdida...

José, horrorizado ahora por lo que había hecho, corrió a sostenerla. ¡Todo inútil!



—¡Tengo miedo, Lucas!

Carmen había caído al suelo... Su vida se iba por instantes.

—¡Carmen, perdóname! — gimió—. ¡Yo

no quería hacerte daño, no! ¡El maldito amor!

Ella tenía los ojos vidriosos.

Movió todo su cuerpo y sintió en aquel instante que el calzado le apretaba horriblemente sus pies. ¡El calzado que había sido su perdición!

Hizo grandes esfuerzos y logró quitarse los zapatos...

Ya pareció más sossegada...

De su boca manaba un hilillo de sangre...

Miró a José y en aquel supremo momento, le dijo:

—¡Pobre José! ¡Si te hubiese querido un poco más o tú me hubieras querido un poco menos!

—¡Carmen... Carmen!

La gitana moría. Aun tuvo fuerzas en la hora suprema para perdonar a su asesino...

—¡Pronto, huye... que no te encuentren aquí! — suspiró.

Después, agitó los labios, y quedó yerta ¡Acababa de morir...!

¡Maldito amor!

Y José, horrorizado, escapó de allí, dispuesto a entregarse a la justicia, o a desaparecer...
¡Cualquier cosa!

¿Qué le importaba ya la vida? Carmen había muerto, él la mató, y Carmen era lo único del mundo que él quería...

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

GRANDIOSO ÉXITO
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
de la emocionante novela

CUATRO HIJOS

Amor sublime, Conmoveros asunto
16 fotografías de página entera
Artística portada



EB.